

FIESTAS RELIGIOSAS Y POPULARES EN SAN LUIS POTOSÍ.

I.

Empezaré reseñando las fiestas religiosas de la Semana Mayor en el siglo XVIII, y en los dos primeros tercios del siglo XIX.

El Viernes de Dolores traían en la mañana, para la Parroquia, una imagen de Cristo que se venera en la Iglesia del Montecillo, bajo la advocación de «El Señor de la Misericordia» y en la tarde salía en procesión, recorriendo las calles Sur y Occidente de la plaza principal, calle de la cárcel, de la escuela de niños, entraba por la puerta del atrio de la Compañía que tenía vista al Oriente, penetraba al templo y salía por el de Loreto y la puerta del mismo atrio que veía al Sur; atravesaba la plazuela tomando la calle del Colegio de San José, volteaba por la de la Caja y volvía á voltear por las calles de San Francisco; entraba por la puerta del atrio que veía al Norte, y salía por la del Portillo que veía al Oriente, siguiendo las calles del frente hasta la esquina de la 5^a de la Concepción, por donde volteaba recorriendo esa calle y las tres de la Merced; entraba al atrio como en las anteriores, por la puerta

que veía al Norte y salía por la que veía al Oriente, siguiendo por todas las calles del Arrenal hasta entrar al atrio y templo de San Agustín, por las puertas del costado y saliendo por las principales, recorría las tres calles de San Agustín, atravesaba la plazuela del Carmen, entrando por la puerta principal de la Iglesia y saliendo por la del costado, seguía por el lado Norte de la plazuela, volteaba por la de la Capilla del Rosario, entraba á la Iglesia de San Juan de Dios por la puerta principal y salía por la del costado; seguía por las calles de Juárez y la Abogada y finalmente, recorría la 1^a y 2^a de la Parroquia, para rendir en el mismo templo.

Acompañaban al señor de la Misericordia en esa procesión, las imágenes del Ecce-Homo, señor de la Columna, Jesús Nazareno y seis ú ocho cristos de diversos tamaños; delante de todas las imágenes iba el Signo de la Redención, y detrás del Señor de la Misericordia, la Virgen de los Dolores, en medio de San Pedro y San Juan Evangelista.

El Domingo de Ramos era conducido en la tarde á la Parroquia, la imagen del Señor del Refugio que se venera en Soledad de los Ranchos, acompañada de otras imágenes que hay en el templo de aquella Villa. El lunes de la Semana Mayor salía dicha imagen en procesión, recorriendo las mismas calles que dejamos apuntadas, y acompañada también de un Ecce-Homo, un Señor de la Humildad, un Nazareno, una Virgen de los Dolores, diez ó doce cristos y el Signo de la Redención.

Detrás del Señor del Refugio iban la Virgen de la Soledad, San Juan Evangelista, San Pedro y la Magdalena.

Esas dos procesiones eran notables por la cantidad de devotos que alumbraban con cirios de cera, principalmente en la del Lunes Santo. Se llegaron á contar una vez, más de mil cirios que alumbraban al Señor del Refugio. Llegaban los primeros á la Iglesia de San Juan de Dios y la imagen todavía no salía de la Iglesia de San Agustín.

El Martes Santo era dedicada la procesión al Santo Ecce-Homo que se venera en la Parroquia, hoy Catedral. Esta procesión era la más humilde, salían pocos santos y ninguno tenía el número de devotos que los de los días anteriores.

Con San Juan iban unos muchachos con túnicas blancas y unos bastones largos pintados, imitando cintas en que

figuraba ir envuelto el bastón; y otros hombres con túnicas blancas y capirotos caídos, cargaban la imagen.

El miércoles salía la procesión de San Sebastián y era dedicada á la imagen de Jesús Nazareno que hay en aquella Iglesia. La estación era larguísima. Entraba la procesión á la ciudad á las tres de la tarde por la calle real de aquel barrio, seguía toda la estación de la misma ciudad, después volvía á San Sebastián y recorría sus principales calles, entrando al templo generalmente á las once ó las doce de la noche.

A esta procesión le llamaba el pueblo «De los Cristos,» porque además de las imágenes que salían, iguales á las de los días anteriores, de muchas casas del mismo barrio, y de los demás que rodean la ciudad, así como de los ranchos inmediatos, llevaban Cristos á San Sebastián para que salieran en dicha procesión, unos conducidos en andas y otros en las manos de los mismos devotos, reuniéndose de ochenta á cien Cristos, en el indicado acto religioso.

Desde el siglo XVIII, hasta los primeros años del XIX, salían en las procesiones de los cuatro días que hemos referido, *las Sibilas, las lobas* de caudas arrastrando *los alquilonos* con vestidos talaros morados, capillos y antifaces que llevaban ajustados al rostro ó caídos sobre el pecho y coronas simuladas de espinas. Junto á los Santos ó debajo de las andas, iba un hombre tocando en un pito de madera, una sonata especial, que sólo se oía en esa clase de actos, y por delante de las imágenes de mayor veneración caminaba otro hombre arrojando incienso á los piés del Santo. Anunciaba el paso de la procesión, marchando adelante de ella, un *Alquilón* que tocaba de cuando en cuando una larga corneta de metal, á la que le sacaba sonidos raros y destemplados. En la procesión del miércoles salían además, Absalón, Salomón y Judas golpeando un talego; un viejo enmascarado estiraba la carretilla de la muerte, y adelante de todos esos personajes iba el Diabolo corriendo en distintas direcciones y azotando con un látigo á los muchachos que encontraba.

Una gran cantidad de vendedores de charamúscas formaban la vanguardia de la procesión, cuyos gritos, para ofrecer la mercancía, se confundían con los de las mujeres y de los niños que los llamaban para comprar, y todos

juntos, con el sonido de la corneta y pitos, constituían el carácter peculiar de las fiestas de Semana Santa.

La procesión del Jueves Santo salía de la Iglesia de los Jesuitas, dedicada á la magnífica escultura de Jesús Nazareno, que hay en ese templo.

En toda la cuaresma había ejercicios espirituales en dicha Iglesia, en las tardes para mujeres y en las noches para hombres. En determinado momento de esos actos religiosos, las mujeres se pegaban con las manos en los carrillos hasta enrojecerlos, y los hombres, descubriéndose las espaldas, se aplicaban latigazos hasta rasgar la epidermis y brotar la sangre. A esto se llamaba *Penitencia*.

Muchos de esos hombres traían ocultamente sobre la epidermis todo el tiempo que duraban los ejercicios, una faja de áspero ixtle ó de cualquiera otra cosa mortificante, la que no se quitaban ni para entregarse al descanso, ni para los trabajos ordinarios. Esto también lo hacían en señal de penitencia.

Todos esos ejercitantes salían el jueves en la procesión, alumbrando los hombres á Jesús Nazareno; se uniformaban de camisa y calzón blancos, perfectamente limpios, corona de espinas y descalzos; sobre un hombro cargaban una cruz de madera más ó menos grande y pesada, y en la mano del otro brazo llevaban encendido el cirio de cera. Las mujeres alumbraban á la Virgen de los Dolores; pero éstas no se uniformaban ni llevaban cruz ni corona. Cerca de la imagen de Jesús Nazareno, y en medio de las filas de alumbradores, iban cuatro ó cinco niños de diez á doce años de edad, cantando con intervalos los pasos de la Pasión, acompañados de una música convenientemente arreglada para producir cierta ternura y respetuoso recogimiento.

El Viernes Santo salía á las doce del día la procesión llamada *de las Tres Caídas*. Sacaban de la Parróquia una imagen de Jesús sin ningún adorno en las andas; asistían alumbrando todos los ejercitantes con la espalda y el pecho descubiertos, descalzos, con una soga pendiente del cuello, corona de espinas y cargando cruces. Esa imagen tenía goznes en la cintura y en los hombros; frente á los templos de San Francisco, San Agustín y San Juan de Dios, hacía alto la procesión, y en un púlpito portátil subía un sacerdote á predicar. Al concluir, uno de los hombres que

caminaban al lado del Santo tiraba de un cordel haciendo caer á Jesús. Otros acercaban al Cirineo para simular que este levantaba á Jesucristo; y luego seguía su ruta la procesión para la segunda y tercera caída, después de las cuales regresaba á la Parroquia. El concurso de gente pobre á esta procesión era inmenso, y á cada caída de Jesús se veían correr las lágrimas de los asistentes; los ejercitantes flagelaban sus espaldas y de aquella muchedumbre se oían exclamaciones y gritos lastimeros. Las insolaciones y las fiebres hacían varias víctimas de esos devotos, toda vez que se verificaba ese acto religioso de culto externo, en las horas en que el sol de la primavera despacha sus rectos y abrasadores rayos sobre la tierra.

Entre dos y tres de la tarde se verificaba en el templo de San Francisco la ceremonia del descendimiento, predicando el sermón alguno de los oradores sagrados de más nota; á esa ceremonia asistían Caifás, los fariseos y otros jueces. Los fariseos armados de lanzas, cuidaban el Aposentillo. En la procesión del Jueves Santo salían con lanza en ristre y en la del Viernes arrastrándola, y los *Alquilones* blancos, con garrochas pintadas en líneas espirales. Terminada esa función de Iglesia, salía la procesión del Santo Entierro, la que desde tiempo inmemorial arreglaba y pagaba el Ayuntamiento de la ciudad.

Después de esa función de iglesia, se reunían las procesiones de San Miguelito y de San Juan de Guadalupe con la de San Francisco. Del primer pueblo venían la imagen del Santo Entierro, de la Santísima Trinidad y del Santo Patrono San Miguel; y del segundo, el patrono San Juan Evangelista. Acompañaban á la segunda imagen los miembros de la Hermandad con sus túnicas coloradas y demás insignias.

Delante de la procesión marchaba el Centurión montado en un fogoso caballo, y con la visera calada. A su lado un hombre tocaba en una tambora pausadas y monótonas sonatas. Un alquilón llevaba cargado al cautivo, vestido con saco de ixtle y grillos en los pies. Este pedía para los Santos Lugares y para la redención de cautivos. Las imágenes que salían en esa procesión eran las que dejamos referidas y además la del Santo Entierro que se venera en San Francisco y las de la Virgen de la Soledad y de la Magdalena. En la noche se verificaba en el templo de San Francisco la

ceremonia del pésame á la Virgen. Después fué en otras iglesias, como veremos adelante.

En Tlaxcala se hacía el Pretorio ó representación de la Pasión. Lo más notable era que Judas llevaba sotana y bonete, y que el Jueves Santo, los que hacían de apóstoles, se comían materialmente entre todos un borrego entero. *El Espía* se presentaba vestido de azul y blanco, montado en un asno y tocando un pito, se aproximaba á la capilla donde estaba el Aposentillo, y á poco aparecían los judíos haciendo oír ruido de cadenas, se acercaban y prendían á Jesús.

En el mismo pueblo de Tlaxcala, todavía por el año de 1826, salían el jueves de la Semana Santa unos muchachos á quienes llamaban *los encalados*; iban con sólo un taparrabo, el cuerpo pintado de blanco y sobre él dibujados el sol, la luna y las estrellas.

El Sábado de Gloria en la mañana, se verificaban los Oficios Divinos en la parroquia y otros templos de las Villas, como se observa hasta hoy, lo mismo que subsiste la costumbre de quemar algunos muñecos en las calles en los que se pretende representar al Judas del Apostolado, con la diferencia de que en aquellos tiempos la clase baja de la sociedad procuraba imitar en esos muñecos la efigie de alguna persona poco estimada en el barrio, ó de alguna autoridad de pueblo que se hacía odiosa á los vecinos.

En la tarde eran conducidos en procesión para sus respectivos templos, las imágenes de San Miguelito y de San Juan de Guadalupe, que el día anterior habían traído á San Francisco para acompañar al Santo Entierro de esa Iglesia. Esta era la última procesión de la Semana Mayor.

El Domingo de Pascua abrían sepulcros en algunos templos de las Villas; adornaban los bordes con flores y laurel y en una de las extremidades colocaban una sábana y una corona de espinas. Era la representación del Santo Sepulcro que se suponía acabado de abandonar por Jesucristo para subir al cielo. El pueblo se asomaba respetuoso, queriendo encontrar en el fondo de la sepultura, señales de la sangre derramada por Jesús, y el olor que la tierra húmeda despidió mezclado con el de las flores y el del incienso de la Iglesia, lo tomaba el candor popular por aroma que había dejado el cuerpo de Jesús al salir de la sepultura.

Ese sepulcro era visitado todo el día hasta la hora de ponerse el sol, y ya para cerrarlo los hombres que lo cuidaban, repartían entre los visitantes las flores y el laurel, dándose algunos casos de que el pueblo, no conforme con eso, se arrojara sobre la sábana y la corona llevándose como reliquia los fragmentos de esos objetos que cada individuo podía arrebatarse.

El lunes siguiente, á las siete de la noche, volvía á su Iglesia del Montecillo el Señor de la Misericordia y las demás imágenes que lo acompañaban, y el martes á las cinco de la mañana era también conducida procesionalmente la imagen del Señor del Refugio á la Villa de Soledad.

Un gentío inmenso acompañaba esa procesión. La noche del lunes se llenaba el atrio de la Parroquia en sus tres lados y todo el portal del Parián, con la gente de todos sexos y edades que venían á pasar la noche en esos sitios, en espera de la procesión. A las nueve de la noche casi todo ese pueblo dormía profundamente.

Gran número de familias, desde la clase elevada hasta la infima, pasaban el día en aquella Villa. Unas rentaban casas anticipadamente y otras iban con la procesión, ó antes ó después, á aventurar el encontrar alojamiento; los que no hallaban, pasaban el día en los puestos de vendimias, en la Iglesia ó debajo de los árboles; pero era de rigor soportar cualquier sufrimiento, con tal de no faltar á ese paseo sacro-profano, que hacia época en los anales de las fiestas religiosas del año.

Así como la mitad de los habitantes de San Luis se trasladaba ese día á la Villa de Soledad, así también se dirigía á ella una gran parte de la fuerza pública, para cuidar de la conservación del orden y prevenir los delitos que pudieran cometerse; y sin embargo de las precauciones que la autoridad tomaba, el pulque y el mezcal hacían su oficio, dando algún quehacer á la policía y á los jueces del orden común.

Al empezar el segundo tercio del siglo XIX, ya habían desaparecido muchas de esas costumbres; quedaban algunas en las fiestas de la Semana Santa y en algunos pueblos suburbios que subsistieron, hasta la prohibición del culto externo.

Del año de 1830, poco más ó menos, en adelante, las procesiones del Jueves y Viernes Santo de la Semana Mayor,

se verificaban en la ciudad de un modo más serio y decoroso. En la primera ya no salían alquilones, ni pitos, ni chirimías; alumbraban á la imagen los ejercitantes y demás devotos, la música y cantantes en los términos que hemos referido y tanto los acompañantes de la procesión como los espectadores, guardaban una actitud respetuosa que contribuía á la solemnidad imponente del acto.

En la misma tarde numerosos grupos de personas de todas clases recorrían las calles de la ciudad rezando las estaciones, y era de obligación que también lo hicieran los poderes y empleados civiles y militares. El Gobernador, acompañado de funcionarios de categoría, los militares francos, los empleados y el Ayuntamiento, todos rezaban las estaciones en voz alta, y con las cabezas descubiertas.

El Jueves Santo era uno de los tres días del año en que los habitantes de la ciudad y la multitud de forasteros que venían á pasar á San Luis la Semana Mayor, estrenaban forzosamente un traje, un sombrero ó cualquiera otra prenda de ropa, según lo permitían los recursos de cada uno. Desde la hora de los oficios en la mañana, hasta muy avanzada la noche, lucían las señoras y los hombres, elegantes y costosos trajes, porque era preciso adunar el lujo y la devoción.

En la noche el gentío se dedicaba á visitar los monumentos. Con poca diferencia todos los de los conventos y el de la Parroquia eran igualmente suntuosos, los templos severamente adornados é iluminados por millares de luces. Sólo las Iglesias pobres como San Juan de Dios y la capilla del Rosario, presentaban más modestia en sus monumentos.

El viernes, todas las personas acomodadas y de medianas proporciones, amanecían vistiendo riguroso luto. Ya dije como se verificaba la procesión de las tres caídas en el siglo XVIII y en el primer tercio del XIX. En los mismos términos siguió saliendo después, hasta la prohibición del culto externo.

La del Santo Entierro que salía en la tarde de San Francisco fué la que después del año de 1830 sufrió notables modificaciones. También dije que esa procesión era arreglada por el Ayuntamiento de la Ciudad, cuyo cuerpo hacía los convenientes preparativos con la anticipación debida. Un mes antes salía una comisión del Ayuntamiento

compuesta de tres concejales, á solicitar donativos del vecindario para los gastos de aquel acto religioso. Vestían esos regidores riguroso uniforme y un empleado inferior de la Secretaría llevaba una gran bandeja de metal fino, para recoger los donativos. Los gastos se hacían hasta donde era necesario, y si el producto de la colecta no los cubría, se pagaba el deficiente de los fondos del Municipio.

Las imágenes de Santos de las Villas de San Miguelito y San Juan de Guadalupe, eran acompañadas por cofradías y devotos de los mismos pueblos, y la del Santo Entierro de San Francisco, por la crema de la sociedad elegante de San Luis. Allí se veían alumbrando desde el personaje más notable en la política, en las ciencias, en la banca y en el comercio, hasta el imberbe joven, pero todos lujosamente vestidos de riguroso luto y muchos portando los escapularios ó insignias de las hermandades ó cofradías á que pertenecían.

Asistían también las comunidades con los trajes talarés de las respectivas órdenes religiosas. Seguía á la procesión la comitiva oficial compuesta del Ayuntamiento abriendo mazas, funcionarios civiles y militares, empleados y personas particulares que no querían ir entre los que alumbraban.

A esa comitiva la presidía el Gobernador, y tras de ella marchaba un cuerpo de infantería con armas á la funerals y la música tocando marchas fúnebres á la sordina.

En la noche se daba el pésame á la Virgen en alguno de los templos de San Francisco, San Agustín ó el Carmen; después del sermón, salía la Virgen de la Soledad en procesión, alumbrada por las Señoras y Señoritas de la mejor sociedad, en número respetable. Allí iba lo que tenía San Luis de más hermoso y honorable.

Los jefes de las familias, amigos y pretendientes de las jóvenes, formaban doble ala á los lados de las bellas alumbradoras, para atenderlas y servirles en el largo trayecto que recorría la procesión, sin dejar de mezclar al recogimiento del imponente acto, algunas miradas tiernas y seductoras, ó deslizar por entre la rica mantilla algún billete perfumado, escrito bajo las impresiones de los conmovedores recuerdos de la pasión y muerte del Crucificado.

FIESTAS RELIGIOSAS Y POPULARES EN SAN LUIS POTOSÍ.

II.

En las fiestas de los Santos patronos de las Villas suburbanas, los vecinos adornaban las calles y casas los días del novenario y con más empeño el día de la función y Corpus. Ponían en las calles cordeles atravesándolas de acera á acera y colgaban de ellos pañuelos, bandas, rebozos finos y tápalos. Las puertas y ventanas las cubrían con cortinas blancas ó sobrecamas de color; en las noches las luces en farolitos de vidrio ó hachones con ocote al frente de las puertas; de las canales y de los árboles de las cercas colgaban gallardetes, y de las primeras y de las azoteas zempoatsutchil, carrizos verdes y canastitas con flores naturales ó de papel.

En la procesión de Tequisquiapam, marchaba adelante un grupo de muchachos bailando la «Danza de los Caballitos.» Esos muchachos llevaban entre las piernas unos caballos de papel, andaban imitando el paso del caballo, cada dos ó tres cuerdas bailaban la danza, y hacían varias figuras al són de un pito y un tambor.

En Santiago se dividía el pueblo en dos parcialidades. De una salía una caravana de moros y de la otra una de